

# **LA ESCRITURA TRANSPARENTE**

## **Cómo contar historias**

**William Lyon**



Manual muy útil  
con  
valiosos consejos para futuros periodistas e incluso para  
algunos que llevan tiempo en la profesión,  
y a la vez  
sencilla pero rigurosa orientación para  
cualquier persona que quiera mejorar su prosa y  
comunicar por escrito,  
más unas  
sagaces observaciones y sugerencias sobre el  
poco practicado oficio de «editar» los textos,  
e incluso  
alguna amena anotación en torno al carácter ibérico;  
todo esto  
ofrecido con la mejor buena fe, y tras casi medio siglo de  
trabajo en España, por el periodista guiri

William Lyon

PRIMERA EDICIÓN: septiembre de 2014  
TÍTULO ORIGINAL: *La escritura transparente. Cómo contar historias*  
© William Lyon, 2014  
© Libros del K.O. S.L.L., 2014  
www.librosdelko.com

ISBN: 978-84-16001-26-2  
DEPÓSITO LEGAL: M-23994-2014  
CÓDIGO BIC: CBWJ / KNTJ

ILUSTRACIÓN DE PORTADA: Marcos Morán  
DISEÑO DE CUBIERTA Y ARTES FINALES: María O'Shea Pardo  
MAQUETACIÓN: María O'Shea Pardo  
CORRECCIÓN: Tamara Torres  
IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

La tipografía de portada es League Gothic. Las del interior son  
League Gothic y Baskerville.

## ÍNDICE

1. ENTRADILLA	11
2. UN MAL ENDÉMICO	13
3. EN PRIMERA PERSONA	21
4. LAS FUERZAS DE CHOQUE	31
5. EL AMIGO AMERICANO	41
6. PENSANDO EN EL LECTOR	61
7. EL ESTILO DEL PERIODISTA	73
8. LA VIEJA DAMA Y EL NUEVO EDITOR	91
9. ALGO MÁS AMBICIOSO	109
10. EN BUSCA DEL EDITOR AUSENTE	117
PARA SABER MÁS	125

*For Sofi, she knows why*

«La buena prosa es como el cristal de la ventana».

George Orwell (*Por qué escribo*)

# 1. ENTRADILLA

«Nada necesita más reformas que las costumbres de los demás».

Mark Twain

En el otoño de 1982, tras algunos meses de espera, al fin fui recibido por el director de *El País*, Juan Luis Cebrián. Había publicado un par de reportajes en la revista dominical de su diario, y ahora le iba a pedir un puesto de trabajo fijo. Para mí era algo importante, porque llevaba años en una situación económica sumamente precaria, pero como tampoco tenía nada que perder, había elaborado una osada táctica. Tras un breve intercambio de formalidades declaré: «Muchas de las noticias de tu periódico están mal redactadas».

«Bueno», me contestó, «tenemos correctores de estilo».

Le hice saber que si bien estos anónimos eruditos sabían de reglas ortográficas, era obvio que no se ocupaban de la correcta estructura y presentación de las noticias. No existía la sección de Edición que tienen los periódicos en lengua inglesa.

Añadí que una de las cosas que más llama la atención a los corresponsales extranjeros cuando llegan a España es el desesperante descuido de los periodistas al escribir —cosa que, sospecho, Cebrián ya sabía.

Antes de que pudiera decir nada, le enseñé un breve documento que había elaborado y que —modificando el título de un volumen del que se enorgullecía mucho la empresa— había bautizado como «Libro (negro) de estilo de *El País*».

Cebrián lo inspeccionó con interés. Contenía recortes de su diario y, en los márgenes, observaciones irreverentes escritas con boli rojo. «Esta parte no se entiende», o «esta información se puede contar en mucho menos espacio» (con las correspondientes tachaduras de las palabras y frases superfluas), o «aquí faltan datos», o «esta noticia no empieza, en realidad, hasta el tercer párrafo», o «el lector se queda con la duda de si...», o «¿cómo puedo entender esta noticia si no se me explica quién es el señor Pérez?».

Le dije a Cebrián que yo podría ayudarle a conseguir una lectura más ágil, directa y amena para *El País*. Me sonrió. ¿Pícaría? ¿O pensaría que yo era un chalado y, además, un insolente? Nos despedimos con amabilidad. Pasaron unas semanas, un par de meses... Yo iba olvidándome de la entrevista, hasta que un día me llamó su secretaria: «¿Puedes empezar el lunes?».

## 2. UN MAL ENDÉMICO

«La tesis, si no la explicamos en la entradilla, deberá anunciarse en el párrafo siguiente: no hay nada más irritante que comenzar a leer un artículo y no saber de qué va».

Manual de estilo de *El Sol* (1990)

Se escribe mal. Escribimos mal. Lo leo en todas partes, a lo largo del día.

Me levanto por la mañana, bajo en el ascensor y abro mi buzón. Me ha llegado una carta que empieza así: «Acuso recibo de su amable misiva del pasado día 20, y si bien nos gustaría poder ofrecerle una posición remunerada en el campo de su especialización, me veo obligado a poner en su conocimiento que a día de hoy...».

Dejo de leer porque ya he llegado a dos conclusiones: 1) Este señor es un borrico; 2) Yo no quiero un jefe así.

Leo otra carta, enviada el día 3 de enero por el presidente de una importante multinacional: «El nuevo año que acabamos de iniciar va a ser un año crucial...». Creo que tenía que haber escrito: «Este nuevo año será crucial...». El presidente prosigue: «Esperamos una respuesta afirmativa por parte de las autoridades a nuestra solicitud...». Yo habría

puesto: «Esperamos que las autoridades aprueben nuestra solicitud...».

Pero de nuevo desisto, ya me ha hartado este aburrido presidente que no sabe expresarse de forma concisa.

Paso por delante de mi banco. Se anuncian las excelencias de un nuevo plan de inversión que incluye atractivas «funcionalidades y potencialidades». ¿Cómo? Por un momento me siento tentado a volver a mi arriesgado oficio de intrépido reportero de investigación para averiguar exactamente qué son «funcionalidades y potencialidades».

Compro el periódico. Seguramente los periodistas —profesionales que tienen que escribir bien por necesidad— no me fallarán. Pero...

Una noticia sobre política nacional está llena de opinión —tendenciosa, a mi parecer— y además no cita ninguna fuente.

Otra noticia, que trata de la volátil situación en Yemen, aporta tal cantidad de datos mal organizados en tan poco espacio que, para comprenderla, tendrías que ser especialista en Oriente Medio —y puede que ni por esas.

A veces ni aciertan con las noticias más cortas: un «breve» sobre un premio otorgado durante unas jornadas —no importa el tema— no me dice quién las organizó, ni cuándo se celebraron, ni cuántos concursantes había, ni en qué consistió la acertada gestión que valió tan preciado galardón.

Hay noticias hinchadas. Otras noticias son demasiado cortas. Las hay que despiertan cierta curiosidad que luego no satisfacen, y otras que no utilizan bien el espacio disponible. Leo una noticia sobre los problemas de los cineastas

principiantes que aporta una larga lista de burócratas desconocidos, pero ninguna declaración de un joven director de cortos. ¿Cómo se ha colado una noticia tan mal hecha?

Otros escritos son anodinos. Un reportaje sobre los trasplantes de órganos en España —un tema apasionante para la mayoría de los lectores— se queda en un recitado estéril de estadísticas. Al lado de noticias y reportajes bien presentados, hay otros difusos, incompletos, autocomplacientes o que se andan por las ramas. Y esta enumeración de fallos es aleatoria; como veremos en este libro, hay muchos más.

Pero si los contenidos son malos, es casi peor el estilo.

Uno de los fallos más corrientes es el uso de palabras superfluas, como en aquella carta del presidente anodino. Nos hemos acostumbrado tanto a este vicio que en ocasiones ni nos damos cuenta de ello, aunque inconscientemente percibimos una falta de sinceridad por parte del autor.

Otro defecto común son las frases largas, que muchas veces restan claridad. Hay frases largas que se comprenden a la perfección y frases cortas que no se comprenden nada, pero por lo general las cortas se entienden mejor que las largas.

En busca de buen estilo abro el suplemento cultural del periódico: aquí escriben los sabios. Pero a veces los más sabios se expresan mal. La crónica de un libro comienza de la siguiente manera:

El imparable ocaso de la tradición (*quod traditum est*) y la incontinencia de un presente insaciable parecen haber provocado, hoy, una profunda mutación en la naturaleza misma de nuestra



relación con el pasado, cuya debilidad es patente en los productos de la cultura de masas, que alimentan el imaginario pseudo-histórico y la percepción distorsionada de un público entregado al *marketing* de la nostalgia y a la escenificación *kitsch* de un tiempo perdido.

¡Y así seguía durante ocho párrafos más! Si la lectura del periódico es «la oración matinal del agnóstico», hay mañanas en las que uno quiere volver a la cama y seguir durmiendo.

Y todo esto pasa hasta en las mejores familias. En 2011, en dos entregas consecutivas, la Defensora del Lector de *El País*, ante un aluvión de quejas de los lectores, lanzó una crítica contundente contra muchas de las noticias aparecidas en el periódico. Denunció, entre otros fallos, «errores gramaticales, ortográficos y tipográficos», «piezas muy descuidadas», «errores en datos y contenidos [...] que desafían toda lógica», «ignorancia», «deterioro en el uso del lenguaje» y «pies y titulares que se cambian y confunden». Sus críticas podrían aplicarse a los demás medios de comunicación.<sup>1</sup>

¿Cómo hemos llegado a este punto? En parte, según un veterano periodista español, se debe a que muchos redactores no entienden lo que escriben o escriben para sus fuentes, o temen escribir «para tontos»; este último aspecto «ha conseguido que generaciones de periodistas parecieran

más inteligentes a costa de que sus lectores permaneciesen más desinformados».

Según otro periodista español, con casi medio siglo de experiencia, «los periodistas aquí han leído demasiados artículos mal hechos, mientras que los de los países de habla inglesa han leído periódicos que —al margen de su contenido— presentan artículos accesibles y bien hechos, modelos de artesanía».

Todo esto contribuye a lo que el novelista y académico Javier Marías llama «la infantilización inducida o deliberada del mundo»:

Cada vez hay más gente adulta a la que le da reparo mostrar un buen dominio de la lengua, hacer gala de un léxico rico, comunicarse con claridad y exactitud, lo cual lleva rápidamente a que *dé lo mismo* lo que se diga, con el pretexto de que en todo caso «se me ha entendido». También se entendían en lo fundamental los prehistóricos que carecían de lenguaje. El desarrollo y perfeccionamiento de este, su progresiva sutileza, han sido sin embargo el mayor logro de la humanidad, al que los actuales humanos —por lo menos los españoles— parecen deseosísimos de renunciar.<sup>2</sup>

Según algunas autoridades, la situación podría calificarse de seria: un informe de 2013 del Programa Internacional para la Evaluación de la Competencia de los Adultos

<sup>1</sup> Milagros Pérez Oliva. «Errores y horrores de agosto», 11 de septiembre de 2011; «Cada vez más, y más deprisa», 18 de septiembre de 2011. *El País*.

<sup>2</sup> Javier Marías. «Tacañería y tosquedad y pereza». *El País Semanal*, 24 de julio de 2011.

(PIACC) señala que, entre veintitrés países, España ocupa el penúltimo lugar en comprensión lectora.

Pero esto no ha de extrañarnos. Incluso en los colegios privados más selectos, pocas de las redacciones que producen los alumnos son corregidas desde el punto de vista del estilo. ¿Cuántos profesores tienen el interés o la preparación para ofrecer al escolar una crítica constructiva o darle pautas sobre cómo expresarse mejor? Otro tanto pasa en la masificada universidad pública. ¿Cuántos ejercicios escritos realizan los estudiantes a lo largo de la carrera? Aparte de las lógicas críticas al contenido, ¿hicieron los profesores observaciones sobre su presentación? A juzgar por el pésimo estilo literario de tantos catedráticos, ¿habrían sido de utilidad?

En el caso de los estudiantes de Periodismo, la realidad también es desalentadora. Un recién licenciado de una universidad pública se queja de la inmensa cantidad de teoría que tuvo que estudiar, y de la casi nula formación práctica. Otro joven periodista, que estudió en una universidad privada, manifiesta: «En toda la carrera apenas me corrigieron tres o cuatro ejercicios —y, además, eran profesores con poca experiencia profesional, o ninguna—. Es como si a los carpinteros se les preparase enseñándoles las distintas especies de árboles, la historia de los muebles y las formas de utilizar las diferentes herramientas..., sin dejarles entrar en un taller. A lo mejor este libro les sirve de ayuda.

Porque escribir bien es esencial. En una época en la que los puestos de trabajo en el periodismo están disminuyendo de forma alarmante, es preciso dominar las herramientas

básicas de la profesión. Estas habilidades serán especialmente valiosas en la incierta era digital cuando —a pesar de las nuevas tecnologías— la misión del periodista seguirá siendo la de siempre: contar una noticia de la manera más clara y directa posible. Es más, ante una Red con mucho contenido tóxico, van a destacar los periodistas y medios que mejor comunican. También los que practican el llamado «periodismo ciudadano» y los autores de los *blogs* tendrán más credibilidad si se expresan de forma eficaz. Y aunque todos los licenciados en Periodismo no vayan a encontrar trabajo en ese campo, por lo menos la capacidad de escribir bien les puede servir en otras ocupaciones.

Este libro está dirigido a periodistas, pero creo que también puede ser de interés para no profesionales: para el hombre de negocios que quiere expresarse mejor<sup>3</sup> y para el escritor aficionado que se atreve a enfrentarse al proyecto que le ha obsesionado durante años: un ensayo autobiográfico, el relato de un largo viaje, un tratado sobre un artista desconocido o el toreo en la región valenciana o el apasionante *hobby* de la apicultura.

<sup>3</sup> Esto de la prosa de los negocios es interesante. Según Franklin Covey, una destacada compañía norteamericana de comunicación y formación empresarial, «los empleados dedican a menudo hasta tres horas al día afanándose en expresar sus pensamientos y recomendaciones por escrito. Por desgracia, este es un tiempo desperdiciado si sus correos electrónicos, informes y otros documentos son malinterpretados o incluso ignorados. Con una construcción de frases poco elegante, una organización inadecuada y un lenguaje confuso, la mayor parte de la comunicación escrita pasa inadvertida debido al desorden informativo. Para estimular la competitividad de la empresa, los empleados deben ir al grano y comunicar con claridad, sin dejar nada abierto a la mala interpretación o el malentendido».

Todo se puede escribir e incluso publicar. Casi cualquier historia puede gustar a unos lectores medianamente educados con tal de que el autor conozca la materia, sea entusiasta y cuide la escritura. Según H. L. Mencken, «No hay temas aburridos, solo escritores aburridos».

De modo que este libro no versa sobre la técnica de la entrevista ni la ética periodística. Nada hay aquí de «Los medios de comunicación en una sociedad democrática». El joven que quiera ilustrarse sobre «Regulación jurídica de la documentación» o adentrarse en los secretos del «Cromatismo en prensa» tendrá que matricularse en una facultad de Periodismo. Aquí vamos a examinar algo mucho más básico: cómo conectar con un lector.

También es una invitación a ampliar el proceso que aquí llamamos edición, por el que los textos son mejorados en contenido y estilo. Es una tarea que siempre ha sido infravalorada en España, pero que, en vista de lo que se lee todos los días, es cada vez más necesaria.

No es fácil escribir bien. Una minoría parece haber nacido con este don, pero los demás seguimos aprendiendo. Este libro contiene algunos consejos, reglas, lecciones y trucos adquiridos durante casi cincuenta años de reportero, editor y profesor. No garantizo que enseñe a escribir mejor —eso solo llega con la práctica—, pero sí cuenta cómo sortear algunos de los escollos del camino.

Es el libro que me habría gustado tener cuando empezaba.

### 3. EN PRIMERA PERSONA

«Soy periodista porque no sé hacer otra cosa».

Bernard Levin

Yo había trabajado en Madrid en un humilde semanario en inglés y como corresponsal del periódico estadounidense de espectáculos *Variety*, pero mi primer empleo verdadero en la profesión fue a finales de los años sesenta, en la agencia de noticias norteamericana United Press International (UPI).

La pequeña redacción, en la entreplanta de un edificio a una manzana del Congreso de los Diputados, parecía sacada de la película *Primera plana*. Un suelo que crujía, un par de escritorios anticuados y unas enormes y pesadas máquinas de escribir Underwood y Remington de los años treinta. Una vez redactadas, las crónicas se tenían que «picar»; se copiaban por medio del teclado de un artilugio que producía una cinta de papel agujereada —cada grupo de orificios correspondía a una letra— que se pasaba por la ranura de un télex que conectaba con Londres. El proceso